

LA ECONOMÍA EN 365 PREGUNTAS

LEOPOLDO
ABADÍA

LA ECONOMÍA EN 365 PREGUNTAS

LEOPOLDO
ABADÍA

365 PREGUNTAS

- 1. Se oye muchas veces decir lo de «¡cómo está el mundo!».
Para empezar, díganos cómo le parece que está.**

Cuando uno piensa cómo está el mundo, apetece poner admiraciones con un tinte peyorativo y empezar a describir lo mal que está todo. Lo que pasa es que, cuando comienzo a escribir, descubro lo que ya sabía: que el mundo tiene sus cosas buenas y sus cosas menos buenas.

- 2. Pero nosotros, ¿qué hacemos?**

Nosotros, a los que nos ha tocado vivir en este mundo en esta época, con estas cosas buenas y estas otras menos buenas, no podemos resignarnos a aguantar las menos buenas, olvidar las otras y convertirnos todos —jóvenes incluidos— en habitantes envejecidos de un mundo envejecido.

3. ¿Que el mundo ha envejecido?

En algunas partes, sí. Han nacido menos niños, los mayores tienen una vida más larga que antes y eso ha traído consigo consecuencias, problemas que hay que resolver; seguramente, con unos instrumentos y de una forma distinta de la de antes. O con los mismos instrumentos y la misma forma, pero descubriendo las causas que nos han hecho llegar a esta situación.

4. Pero eso no pasa en todos los países.

Es verdad. En otros lugares el mundo no ha envejecido. Veo estadísticas de países con un porcentaje de población joven muy alto, que antes miraban con envidia a la vieja Europa y ahora, que la ven vieja de verdad, piensan que algo han hecho los viejos europeos para ser eso, viejos.

5. Habremos avanzado en algo, ¿no?

El mundo ha dado un paso gigantesco en muy poco tiempo con los avances en las comunicaciones. Las redes sociales han cambiado el planteamiento de muchas cosas. Antes, yo podía decir algo bueno que influyera positivamente —y negativamente— en la gente de mi pueblo. Hoy también puedo influir en la gente de mi pueblo, que, de repente y casi sin darme cuenta, se ha hecho muy grande.

Eso es muy bueno. Los mayores de veinte años tenemos que andar con cuidado antes de despreciar lo nuevo, porque en el preciso momento en que lo hagamos, nos quedaremos fuera de juego, oyendo unas cosas que no entendemos y, peor aún, sin saber cómo resolver problemas nuevos que se nos pre-

sentan o problemas viejos cuyas soluciones no vemos porque los contemplamos con la óptica antigua.

6. ¿Hemos cambiado de pueblo sin darnos cuenta?

Sí, y sin darnos cuenta, porque, oficialmente, seguimos viviendo en el «pueblo de antes». Cuando me levanto, veo en San Quirico los mismos árboles, oigo ladrar, como siempre, a Helmut y no veo a mi antiguo amigo el petirrojo, porque un día se fue y no volvió. Pero fue un problema suyo, no de las redes sociales

7. Por favor, cuénteme cómo es su nuevo pueblo.

Mi nuevo pueblo tiene cinco barrios, o si quieres, cinco municipios: Europa, Asia, África, América y Oceanía. Son demasiado grandes y demasiado complejos para hablar de ellos en general. Cada barrio, con sus pedanías, o sea, con sus anejos a esos cinco municipios grandes. Cada pedanía, con sus cosas, con sus desigualdades. Una se llama China. Otra, Estados Unidos; otra, Burkina Faso. Otra, España. Y Corea del Norte. Y la del Sur.

El barrio más cercano, Europa, lo está pasando mal y está triste. Y desanimado. Añorando otros tiempos, que creímos que eran buenos, pero que estaban edificados sobre barro. Pero hay algo que me parece que es importante: que Europa, Asia, África... Japón y Costa de Marfil no existen.

8. ¿Que no existen?! En Google Earth aparecen.

Es que Google Earth no profundiza lo suficiente. Existen personas que ocupan y tienen que sacar adelante esos territo-

rios. Unas, por sí mismas. Otras, ayudadas. Es decir, que el problema —y la solución—, como siempre, se encuentra en las personas.

Personas que, si nos lanzamos a trabajar, podemos hacer cosas buenas. Ya las estamos haciendo. Y que si nos lanzamos a hacer cosas malas, podemos destruir muchas cosas buenas que, a lo largo de los siglos, personas como nosotros habían conseguido.

Repasando la historia más reciente, vemos ejemplos de superación de egoísmos, de hundimiento en lo más profundo de la maldad y de maravillas emocionantes de ayuda a países —a personas— que lo necesitaban.

Eso es el mundo, mi mundo.

9. Me voy tranquilizando y me gusta eso de que las personas podemos hacer cosas muy buenas —de las malas prefiero olvidarme al hacerle esta pregunta—. Pero siga, porque intuyo por dónde va, pero no acabo de entenderle.

Lo que quiero decir es que no soy un ser único. Soy uno de los siete mil millones de personas que ocupan esos barrios grandes que antes estaban dispersos y que ahora están unidos por los avances tecnológicos. Uno de los siete mil millones que, con nuestros comportamientos individuales, podemos hacer que nuestro mundo sea una maravilla o un vertedero.

Y yo, y millones como yo, queremos que sea una maravilla.

10. O sea, que nuestra vida es...

Muy claro: ¡apasionante!

11. Después de que haya quedado claro por dónde va usted, nos podíamos meter en faena. Para empezar, dígame, ¿qué es la globalización?

La globalización es lo que te acabo de decir: que ya no somos de pueblo, sino habitantes del globo terráqueo. Esto tiene la ventaja de que conoces otras gentes, otras culturas, otras maneras de pensar; te das cuenta de que tu vida no se acaba en la acera de tu calle, que necesitas idiomas para ir por la vida. Esto hace que, por ejemplo, si fabricamos unas cosas aquí, el día que estas se fabriquen mejor o más baratas en otros sitios, lo pasaremos mal.

12. No todo es bueno...

No. La globalización tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Por ejemplo, sirvió para expandir *la crisis ninja* —las hipotecas porquería inventadas por los bancos americanos— y hacer que todos los bancos del mundo se llenaran de productos tóxicos. Pero también nos permite viajar mucho más barato, comprar *souvenirs* sin salir de casa o que mi amigo, desde San Quirico, pueda vender sus productos en Ciudad del Cabo, sentándose frente el ordenador después de cenar.

13. ¿Nos interesa?

Sí, porque todo lo que sea salir de nuestras fronteras mentales es bueno y, además, bonito. Sin embargo, hay que tener en cuenta que no todo son ventajas. Puede ser que lo que yo vendo otros lo hagan más barato en otra parte del mundo, porque los sueldos son más bajos, porque las materias primas las tienen al lado de casa, etc. Si, además, lo hacen mejor, me he quedado fuera de juego durante una temporada larga.

Alguna vez veo folletos de fábricas chinas y me admiro, porque no son como pensaba: sitios lóbregos, donde cientos de personas trabajan en malas condiciones por cuatro chavos. Son fábricas a la última, con maquinaria a la última, con productos a la última. Y supongo que aquellos trabajadores ya no se conforman con cuatro chavos. Lógicamente, eso puede molestarnos.

Si yo, por ejemplo, tuviera una fábrica de paraguas en San Quirico, y en Bután, país situado al norte de Bangladés y al sur de China, me fabricaran las varillas de los paraguas mucho más baratas que en el pueblo de al lado, me llevaría la producción a ese país. Con todo el dolor de corazón, pero me la llevaría.

Y esa flexibilidad me permitiría crear puestos de trabajo en San Quirico, porque alguien tendría que controlar la producción en Bután, alguien tendría que controlar la calidad de lo fabricado allí, alguien tendría que vender aquello...Y con los de Bután no hay problemas; en cambio, a los del pueblo de al lado les podría molestar que uno de San Quirico, ese pueblín, les mandara, les controlara y les exigiera.

14. Esto tiene consecuencias morales, ¿verdad?

Las tiene. Por ejemplo, puede ocurrir que en esa fábrica de Bután las condiciones de los empleados no fueran óptimas. Quizá para ellos fuera un adelanto, porque gracias a mis paraguas vivirían mejor. Pero es fundamental que la persona, en San Quirico o en Bután, fuera tratada como persona. Si trabajáramos con los de Bután, sería algo que tendríamos que ayudar a arreglar, pero, mientras tanto, ya se nos habrían llevado los pedidos.

15. ¿Cómo se puede aprovechar mejor la globalización?

Se puede aprovechar por dentro y por fuera.

16. No le entiendo, pero, por si acaso, continúe, por favor. ¿Empezamos por lo de «por dentro»?

Tenemos que darnos cuenta de que somos ciudadanos del mundo. Pensar que mis doce hijos se pueden buscar trabajo en cualquier parte es una gozada. Ya no lo tienen que hacer en mi barrio, porque aquí puede que no haya trabajo para todos. En ese aspecto tengo que convencerme de que eso es muy bueno y hay que aprovecharlo. Si somos ciudadanos del mundo, vivimos igual de bien en Boston que en Pernambuco.

17. Aunque seguro que se le ocurren más cosas para lo de «por dentro», vayamos a lo de «por fuera».

En primerísimo lugar, el conocimiento de idiomas importantes: el español y el inglés, obligatorios. Todo lo demás son adornos, que hacen bonito, pero que no dan de comer. Por supuesto, el alemán o el chino mandarín también son adornos, pero mucho más útiles que otros.

En segundo lugar, entramos en contacto con gente del mundo que sabe más cosas que nosotros mismos —tampoco es muy difícil—, de quienes podemos aprender algo y a los que podemos enseñar algo, porque de algo sabemos más que ellos. Y aquí vuelvo a lo de por dentro.

18. ¿Otra vez?

Sí, porque lo de habar con gente del mundo nos ayuda a quitarnos el complejo de inferioridad, que a veces se nos planta encima del hombro, mirándonos con cara de cuervo.

19. ¿Qué tiene que ver el complejo de inferioridad con la globalización?

El complejo de inferioridad se produce cuando, con mentalidad pueblerina, pensamos que todo lo que diga un señor en inglés es un avance importante. Y puede suceder que sea un atraso importante y, en algunos casos, una estupidez muy seria.

La globalización nos pone en contacto con muchas personas, unas más listas que nosotros; otras tan listas, o bastante menos. Y nos damos cuenta de que si nos formamos bien, podemos ir por el mundo con la cabeza tan alta como los demás, reconociendo la realidad tal como es y huyendo, por supuesto, del complejo de superioridad, del que luego hablaré.

La globalización nos hace crecer como personas: nos ayuda a respetar a los demás. Podemos comprobar que la gente de Bután es como la de San Quirico, con sus hábitos, sus ideas y sus tradiciones... Sienten, gozan y padecen como nosotros.

20. Ha dicho usted que hay que formarse bien, y en alguna conferencia le he oído decir que hay que revolucionar la educación. ¿Es que estuvo en París, en Mayo del 68, como casi todo el mundo?

No estuve en París, porque en el 68 ya tenía seis hijos, y si mi mujer se entera de que me voy a las barricadas en vez de ir al IESE, me echa de casa.

No fui a las barricadas, pero hablo de revolucionar, no de reformar. Y estoy convencido de que cuando se hace una revolución, hay que saber cuál es el objetivo que se quiere conseguir, porque, a veces, se ven revoluciones en las que la gente grita mucho, pero no sabe bien a favor de quién, ni en contra de quién, ni para qué.

21. ¿Cuál cree que es el objetivo de la educación? Porque si me entero, quizá pueda comprender lo del «no a la reforma, sí a la revolución», que, por mucho que usted se presente como un hombre de orden, me suena a eslogan revolucionario en el mal sentido.

Simplemente, creo que el objetivo de la educación está en formar personas cabales.

22. Poco a poco vamos avanzando. Ahora, dígame, ¿qué es una persona cabal?

Es aquella de la que te puedes fiar, una persona que trabaja en serio, de manera honrada, que se esfuerza por formarse continuamente, que se responsabiliza de su futuro, que es leal, que ayuda a los demás, que se mueve por el mundo como por la acera de la calle donde vive.

Si es español, es una persona que piensa en español y habla español perfectamente. Y que piensa en inglés y habla inglés perfectamente. A grandes líneas, ese es el objetivo de la educación.

23. Por ahora, no está mal, pero me parece que todavía está bastante incompleto.

Sí, porque no me has dejado acabar y decir que los padres son los primeros responsables, y los colegios, los segundos, como colaboradores de los padres.

Al acabar el colegio, la universidad toma el puesto de los colegios —nunca el de los padres— y, al final, entre todos, padres, colegio y universidad, entregan a la sociedad un «produc-

to» dispuesto a ayudarla, a hacer algunas cosas grandes y muchas cosas pequeñas. Todas buenas.

24. ¿Pasamos a la revolución?

La reforma educativa que yo quiero es revolución. Lo tengo claro. Y me parece que ningún Gobierno hasta ahora se ha planteado una cosa así. Y hay que hacerlo urgentemente, porque ya me he cansado de esa gente que ha salido a la calle después de unos años de colegio, de universidad y de máster, y de la que hay que huir, porque es posible que sepan mucho, pero lo utilizan para hacer daño al prójimo.

25. ¿Qué papel juega el Gobierno en esta revolución?

Empujar y no molestar.

26. Si no le importa, ¿podría matizar un poco?

Matizo. La revolución educativa exige un ministro —o un presidente del Gobierno— que diga esto a los padres: que o ellos lo hacen bien, o ya nos podemos olvidar de reformas.

Y, aprovechando la carrerilla, que diga esto a los profesores: que la enseñanza no es un empleo en el que se está mirando continuamente el reloj para ver cuándo se sale ni se reclaman derechos con pancartas por la calle que solo sirven para deducar a los alumnos al ver cómo son sus profesores.

Y que diga que los niños, que en cuatro días serán chicos y en otros cuatro serán másteres, se tienen que enterar de que la responsabilidad de su futuro es suya y nada más que suya; y que, si no se enteran, dejémonos de reformas y conformémo-

nos con ser el país número uno en el ranquin de inútiles. Más-teres, por supuesto. Pero inútiles.

27. Como primera andanada no está mal.

Ahora viene la segunda, que es peor. Una vez dicho todo lo anterior, el ministro o el presidente del Gobierno debería decir: *From now on, all teaching will be in English*, es decir: «De ahora en adelante, toda la enseñanza será en inglés».

Esto ocasionará revuelo entre los profesores, porque me temo que no todos están preparados para dar sus clases en inglés. Para tranquilizarles, y sin que sirva de precedente, se les dará un plazo de dos años para que aprendan a hablar inglés *fluently*, o sea, muy bien.

28. ¡Pero esto es una revolución!

Ya te lo había advertido. Es que si queremos hacer una revolución, hay que hacer una revolución. Tal como vamos ahora, la revolución nos queda muy lejos. Y corremos el peligro de fabricar una generación de blanditos monolingües o bilingües en lenguas inútiles, que no sirvan para nada, excepto para quejarse de cómo nos aprieta Alemania.

29. ¿Por qué dice eso? ¿Cómo está España en cuanto a formación y educación?

A mi alrededor veo a muchos y buenos amigos bien educados, formados, no necesariamente brillantes, pero muy trabajadores, que acaban encontrando su sitio gracias a su esfuerzo y a su honradez. Todos pasan sus apuros y sus complicaciones.